

Acerca del nacionalismo católico de Laureano Gómez. 1930-1946.

Héser Eduardo Pérez Rivera

El nacionalismo de Laureano Gómez entre 1930 y 1946, no debe confundirse con fascismo y nazismo, como lo hicieron en esos años los dirigentes liberales y socialistas, confusión que se trasladó a algunos de los libros de historia que tratan del período. Los fascistas confesos de aquella época fueron los llamados “Leopardos”, pero su importancia histórica es escasa. En cambio Laureano Gómez realizó una persistente tarea contra los gobiernos liberales, logrando finalmente el triunfo para su partido en las elecciones de 1946. En su desconcertante actividad de entonces, junto a los recursos oratorios y de subversión de que hizo gala, dejó numerosas constancias de un ferviente nacionalismo de raíces católicas, cuyos antecedentes se remontan al mismo momento en que se inicia en la política en 1910.

Pero mi propósito no ha sido el de analizar el pensamiento político del líder conservador, ni incursionar en los meandros de la época para entender el proceso que lo condujo al éxito de su empresa, sino mostrar cómo lo que guía a Gómez no es simplemente la reconquista del poder para el Partido Conservador sino sustituir la tradición liberal-individualista del Estado colombiano por la que consideraba nuestra verdadera tradición: la comunidad nacionalista católica. Este es un tipo de controversia que se desarrolló de modo semejante en Europa en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX. El sociólogo Pierre Birnbaum en un ensayo titulado significativamente “Nacionalismo a la francesa” examina el caso de su país, partiendo de la conceptualización de Louis Dumont, quien plantea que en la evolución política europea han existido dos grandes tendencias: la del individualismo, heredada de la Revolución Francesa y la “holística”, una dimensión comunitaria que reivindica la identidad cultural de la nación frente al universalismo de la Ilustración y que fue característica de Alemania. Según Dumont, en contraste

con Francia, en donde el Estado impone un principio colectivo a una sociedad individualista y no prevalece contra él la movilización comunitaria de derecha, en Alemania el individualismo fue arrinconado por el holismo cultural y la sociedad se mantuvo comunitaria hasta la tentativa liberal de Weimar que lleva, por contragolpe, a Hitler. En lugar de un Estado capaz de imponer un orden colectivo al estilo de Francia, en Alemania la comunidad racial se impone con el nazismo¹.

Birnbaum analiza el caso de la movilización nacionalista de derecha que se produjo en Francia a finales del siglo XIX a raíz del caso Dreyfus. Dice que “el individualismo racionalista y el holismo conservador y nacionalista se afrontaron violentamente. Según Louis Dumont para comprender este antagonismo se puede oponer, con la ayuda de una relectura de la historia de la sociedad francesa, la izquierda a la derecha, la primera después de la Revolución pone el acento sólo en los principios de tipo universalista, la antigua *Gemeinschaft* tradicional deja lugar a una nueva *Gesellschaft*, ahora basada en individuos libres e iguales con el desastre de la guerra de 1870-71, la derecha se apropia del concepto de nación”². Utilizando un modelo de Stein Rokkan que establece un lazo entre el tipo de código cultural, el tipo de Estado y la aparición de formas de extremismo nacionalista, Birnbaum sostiene, a modo de hipótesis, que la gran legitimidad del Estado francés limitó los alcances de la mencionada movilización nacionalista de finales del siglo XIX. Ese nacionalismo se presentó como “un movimiento de reconquista de la nación y de redefinición de su identidad que implicaba la destrucción de un Estado republicano de principios demasiado universalistas...El nacionalismo ‘a la francesa’ encuentra en este contexto particular, su especificidad. Aparece como una protesta lanzada contra los principios universalistas de la República, enunciada esencialmente a nombre de un catolicismo intransigente”³.

El partido Conservador de Gómez se proyectó de la misma forma que el movimiento nacionalista francés en su rechazo del universalismo liberal y en su catolicismo intransigente. Pero Gómez, a diferencia de los líderes de ese movimiento, no era fascista en los años de su oposición a la “República liberal”. Tan sólo cuatro años después de su victoria, en 1950, cuando asume la presidencia, se hace notoria su adhesión a principios del falangismo español. Y también, como le pasó a los nacionalistas franceses, y en su caso a pesar de hallarse en el poder, fue derrotado en su intento de cambiar el fundamento ideológico del Estado.

¹ P. BIRNBAUM. “Nationalisme à la française”, en G. Delannoi y P. A. Taguieff. *Théories du nationalisme*, Editions Kimé, Paris, 1991, p. 125-126.

² Ibid., p.126.

³ Ibid., p.129.

Comunidad y Sociedad

Con el triunfo electoral del Partido liberal en 1930 reaparece en Colombia la contradicción entre el individualismo que predominó en la sociedad y en el Estado hasta 1886 y la comunidad tradicional fundamentada en la religión católica que sustituyó a aquél en 1886. Va a ser Laureano Gómez quien, a su regreso de Europa, en 1932, reintegrado a la política, sitúa en el eje de su oposición al gobierno de Olaya su reivindicación de la legitimidad de esa comunidad nacional basada en el catolicismo y la hispanidad que viene desde la conquista española, frente al individualismo liberal instaurado en el Estado a partir de 1821. Sostiene que las ideas de la Ilustración,

“desde el siglo XVIII, se han empleado en socavar y desacreditar nuestro imperio espiritual, disminuir los grandes valores humanos de nuestra cultura, los descubrimientos, avances y proezas de nuestro genio y las empresas acabadas por la inteligencia y la espada de los hombres de nuestra raza...La historia colombiana, vista a la luz de este criterio, no resulta otra cosa que la crónica de las acometidas insistentes y rabiosas del enemigo externo, adelantadas con la esencia de la patria por los propios hijos de este suelo”⁴.

Para él la imposición de los principios universalistas de la Revolución francesa no sólo no coincidía con la identidad cultural colombiana sino que la negaban por entero. El partido liberal se había constituido en el factor determinante de la persistencia del individualismo en Colombia y ahora, de nuevo en el control del Estado, amenazaba con conducir el país a lo que a él le parecía era el destino inevitable de ese dominio: el ateísmo y el comunismo⁵.

Según su análisis, la influencia de la Ilustración se manifestó desde antes de la fundación de la república con los Borbones, cuyas ideas eran “exóticas para el sentimiento popular y las gloriosas tradiciones de España”, influencia que prolongó Santander durante su gobierno (1821-1826) realizando una labor de adoctrinamiento de los granadinos en las ideas liberales, en franca contraposición a la comunidad nacional católica. En implícita alusión a los mentores de esas ideas afirmaba que los liberales,

“quieren borrar de la mente popular toda idea divina y reemplazar en el alma de las naciones la doctrina del Calvario por una moral racionalista, colocando, en vez de los resortes de la fe el apetito, y en vez de mostrar en lontananza la existencia de una nueva vida, ponen el acicate del placer y el goce físico”⁶.

⁴ En HENDERSON, JAMES. Las ideas de Laureano Gómez, Tercer Mundo, Bogotá, 1989, p. 125.

⁵ Gómez sostuvo en varias oportunidades que el jacobinismo liberal en el poder abría inevitablemente las puertas a un régimen comunista y ateo. El “Frente popular” de López Pumarejo era para él la prueba flagrante de que ese proceso se estaba dando en Colombia.

⁶ En HENDERSON, p. 41.

Esto podía constatarse en los orígenes mismos del Partido liberal cuyos jefes Santander y Azuero imbuían “a los granadinos en las perversas e inmorales doctrinas de Tracy y de Bentham”⁷. De hecho, Santander y sus seguidores se propusieron crear las condiciones para la construcción de un Estado que separado de la Iglesia llevara a cabo una socialización orientada a formar, apoyado en las doctrinas de aquellos pensadores, un hombre nuevo, un ciudadano, lo que para Gómez significaba formar un individuo alejado de las tradiciones nacionales y católicas del país. Condenaba por ello a la Constitución de Cúcuta de 1821 en la que “se impuso la perfidia del núcleo santanderista y masónico, que dejaban su camino expedito para ulteriores fines de agitaciones irreligiosas”; añade que esa Constitución “Fue la consagración de la supremacía de las leyes positivistas -cualesquiera leyes- sobre las eternas leyes morales”⁸; califica la Constitución de Rionegro de “código monstruoso”, en el que se reflejaron los esfuerzos de los liberales “para mantener su predominio y propagar principios absurdos de filosofía”⁹. En fin, la Constitución de 1886 representó la salida del abismo y la calificaba como “la obra cumbre de la inteligencia nacional”, y “la primera síntesis consciente de la personalidad jurídica de Colombia”¹⁰.

Hasta 1886, efectivamente, predominó ampliamente en Colombia el individualismo liberal y de su influencia ni siquiera escaparon los fundadores del Partido Conservador, que no sólo provenían de esa cantera abominada por Gómez sino que se destacaron por el fervoroso culto que rindieron a las ideas liberales. Mariano Ospina Rodríguez fue conspirador contra Bolívar en 1828 en defensa de la libertad amenazada por éste y todavía en 1848 celebró públicamente el triunfo de la revolución en Francia. José Eusebio Caro, se distinguió en su juventud por su dedicación a la lectura de Voltaire, Rousseau y los enciclopedistas¹¹. Es notorio que en el programa que promulgan como carta fundadora del Partido Conservador no hay alusión a la tradición nacional-católica. La esencia del programa es liberal: el orden constitucional contra la dictadura, la legalidad contra las vías de hecho, la libertad racional, la igualdad legal contra todo privilegio, la tolerancia, el derecho a la propiedad, la seguridad contra la arbitrariedad, la civilización contra la barbarie y un único punto diferenciador: “la moral del cristianismo i sus doctrinas civilizadoras contra la inmoralidad i las doctrinas corruptoras del materialismo i del ateísmo”. Puede decirse que es un programa liberal-conservador. Observan allí que “Ser o haber sido enemigo de Santander, de Azuero, o de López, no es ser conservador; porque Santander, Azuero i López

⁷ Ibid., p. 41.

⁸ Ibid., pp. 126-27.

⁹ Ibid., p. 126.

¹⁰ Ibid., p. 128.

¹¹ Ver GALVIS SALAZAR, FERNANDO. José Eusebio Caro, Bogotá, Imprenta nacional, 1955, p. 47.

defendieron también en diferentes épocas principios conservadores” y, por otro lado, “Haber sido amigo de estos o aquellos caudillos en las guerras por la independencia, por la libertad, o por la Constitución, no constituye a nadie conservador, porque algunos caudillos han defendido también alguna vez principios anticonservadores”¹². Los dos fundadores no se identificaban en todas sus ideas pero coincidieron en el principio ético-religioso y en el centrismo político.

El énfasis en la moral religiosa diferenciaba, es cierto, al nuevo partido del otro partido recién fundado, el liberal, pero no expresaba lo que era fundamental para Gómez: la concepción del mundo a partir de Dios y el Estado como obra suya. Este principio básico se promulgará hacia 1870 por Miguel Antonio Caro, quien se negaba a llamarse conservador y lideró una facción propia que denominó “nacionalista”. La otra facción, la “histórica”, continuaba la línea liberal-conservadora de los fundadores. Miguel Antonio Caro, el verdadero antecedente de Gómez, enfrentaba filosóficamente al liberalismo y entroncaba con las ideas de los pensadores de la derecha europea: Burke, de Maistre, Bonald.

El jefe de Partido

El partido conservador no era en 1932 un partido que luchara por los objetivos que Gómez creía le eran consustanciales. Se había desgastado en los largos años de la hegemonía. Y lo que resultaba peor, lo veía disminuido y abocado a desaparecer. Muy pronto obtiene la jefatura del partido y, al tiempo que adoctrina a los militantes en los principios que le son caros, adelanta una saga contra el partido liberal que sólo terminará cuando consigue derrumbarlo. En este intervalo (1932-1946) sufre un sorpresivo cambio para quienes lo habían visto actuar en las dos décadas anteriores¹³, pero explicable si se tiene en cuenta que en los años de la hegemonía conservadora sus principios religiosos estaban en conformidad con las normas constitucionales vigentes y podía darse el lujo de combatir la inercia y el atraso de algunos gobernantes copartidarios suyos. Fue en esos años, precisamente, cuando se proyectó como un hombre progresista y de ideas liberales. Pero esas ideas liberales no eran lo más importante en su pensamiento político, ellas estaban al

¹² Antología del pensamiento de Mariano Ospina Rodríguez, Banco de la República, Bogotá, 1990, T.I., pp.24-25.

¹³ Dos ejemplos al respecto: ENRIQUE SANTOS MONTEJO, quien escribía en *El Tiempo* con el pseudónimo de Calibán, dice en 1932: “Dentro del partido conservador he tenido dos debilidades: Guillermo Valencia y Laureano Gómez en cuanto a Laureano Gómez, su prestigio está hecho a base de liberalismo. Fuera del grupo selecto de sus amigos íntimos, la masa que lo ha seguido y ensalzado es liberal; y seguramente la que mañana ha de apoyarle será liberal. Hay grandes problemas de todo orden que necesitan la colaboración de capacidades como las del colombiano eximio que retorna a su ciudad natal”. En el mismo año manifiesta su decepción: “No es posible sufrir equivocación más grande ni más dolorosa caída. El hombre superior, el patriota insigne, el árbitro feliz del momento, se ha trocado en

lado de su concepción del mundo y de la política que se organizaba a partir de su fe religiosa. En esos años de desafortunada oposición reiteró, una y otra vez, su condición de combatiente religioso:

“Yo hablo -dijo en 1942 en el Senado-, en nombre de los principios de la doctrina católica, que están expresados en las obras filosóficas de Santo Tomás, que dice cómo debe organizarse un Estado”¹⁴.

Después de 1932 concentra sus energías contra los enemigos del catolicismo, los dirigentes del partido liberal. No hay lugar entonces a que afloren sus tendencias liberales por cuanto la hora no es de construcción sino de destrucción. Se propone destruir los cimientos del régimen imperante para reconstituir el Estado nacional católico que había consagrado la Constitución de 1886. De ahí en adelante será más obvio que su acción política se guía por una ética de convicción. En este hecho tal vez radica el drama que vivió el país bajo la enorme influencia de Gómez, pues se comportó como un cruzado que va derecho a su objetivo sin importarle lo que pueda demoler a su paso. En verdad, no era un político —y al parecer era conciente de ello, pues lo sostuvo con énfasis en una entrevista— y no podía esperarse que actuara con una ética de responsabilidad.

Si bien Gómez logró desestabilizar el régimen liberal, esto no le representó el triunfo de su objetivo de fondo. Lo que pudo comprobarse entonces fue que el Estado colombiano imponía un sólido orden colectivo a una sociedad colombiana individualista. No en vano el individualismo liberal había sido el fundamento de las Constituciones durante casi todo el siglo XIX y pese al viraje de 1886, al papel que la Constitución de ese año le otorga a la Iglesia católica en la vida nacional, la hegemonía conservadora transcurrió orientada por dirigentes conservadores-liberales, como Reyes (antiguo “histórico”), Carlos E. Restrepo (vocero de los conservadores-liberales de la incipiente burguesía antioqueña), José Vicente Concha (sin lugar a dudas un avanzado representante de esa corriente conservadora-liberal) y Pedro Nel Ospina (líder de los industriales de Antioquia y antiguo “histórico”). En esa atmósfera el joven Gómez adhirió a los principios liberales que

colérico jefe de banda”. (CALIBAN. Danza de las horas, Compañía Editora Club de Lectores, Bogotá, 1969, pp. 228-29 y 312); Según ANTONIO GARCÍA, la estrategia de reconquista del poder para el Partido Conservador consistía en convertirlo en el centro de un movimiento contrarrevolucionario y “Para aplicarla...sólo había un obstáculo: no el republicanismo postizo del patriciado conservador —embobado en los ideales de Concha y del girondino José Eusebio Caro— sino el republicanismo clamante, entero, poderoso, idealista, de Laureano Gómez...Contra lo que se alzó Laureano Gómez (fue) contra él mismo, contra su vida, contra su pensamiento republicano, contra su tradición y contra su obra” (301-2). Lo califica de “el gran renegado” (ANTONIO GARCÍA. Gaitán y el problema de la revolución colombiana, MSC, Bogotá, 1955, p. 293).

¹⁴ HENDERSON, Op. cit., p. 86.

podían, como estaba la vista, reflejarse en unas instituciones democráticas controladas por un Estado que garantizaba la vigencia de los valores religiosos. Era la síntesis que admitía su republicanismo. Como jefe del Partido Conservador, ya en la presidencia en 1950, creyó que podría liquidar por fin la esencia liberal del Estado, cercenarla de las instituciones políticas, devolviendo la historia a la época anterior a la Constitución de 1821. Fueron sus propios copartidarios conservadores-liberales quienes lo despertaron de su sueño reaccionario y lo sacaron del poder en 1953. En 1957 reconocerá su derrota.

Nacionalismo liberal y nacionalismo católico

El Estado resistió la embestida del nacionalismo católico de Gómez. Los antecedentes históricos ya mencionados demuestran que el individualismo que la élite liberal conservadora llevó al Estado tenía, y mantuvo a lo largo de los años, un fuerte arraigo en la sociedad misma. Ni siquiera un factor tan poderoso como la pérdida de Panamá desató un nacionalismo perdurable. La adolorida reacción antiyanqui de los años que siguieron a 1903 fue atenuándose, pasó por la aceptación de la indemnización y terminó en la teoría de la “estrella polar”. Las expresiones nacionalistas de líderes tan importantes como Alfonso López Pumarejo están signadas por la contención que le imprime el universalismo liberal:

“Espero que este empeño de vigorización de todas las energías colombianas, que tendrá su motor más activo en el Estado de la República liberal -dice en 1933-, sirva de base a un gran movimiento nacionalista; pero no entendiendo por nacionalismo esa actitud sin medula humana que se ofrece en una retórica tradicionalista y reaccionaria –el nacionalismo de la tierra y los muertos- ni tampoco la agresión xenófoba que querría convertir el territorio nacional en un sitio vedado al esfuerzo de quienes no nacieron dentro de nuestras fronteras. El nacionalismo que me apasiona podría sintetizarse en esta frase: Colombia primero para los colombianos”¹⁵.

Así, en vísperas de empezar su gobierno, López Pumarejo anuncia que promoverá un movimiento nacionalista que ponga en primer lugar a los colombianos. Es una tarea por hacer, como quien dice, la modernización que se propone llevar a cabo irá de la mano de un nacionalismo que no reclama un pasado –la inspiración de la derecha nacionalista- ni se enfrenta radicalmente al imperialismo –la consigna de la izquierda revolucionaria. Será un nacionalismo atemperado por sus ideas liberales.

¹⁵ ALFONSO LÓPEZ PUMAREJO. *Obras selectas*, Bogotá, Cámara de Representantes, 1979, Tomo X, p. 80.

Pero, se trata en este caso de un dirigente de la burguesía. Sin embargo, contemporáneamente a la declaración de López, el joven socialista Jorge Eliécer Gaitán dirá:

“Ni ahora ni nunca claudicará nuestro espíritu nacionalista. Hoy y siempre lo defenderemos porque creemos que las naciones latinoamericanas tienen un peligro cierto en los imperialismos, pero nuestro nacionalismo debe ser siempre un culto severo y solemne a la República.”

“No ha existido un acto nuestro que no afirme a todas horas ese alto sentido de nacionalismo como culto fervoroso a la patria, jamás como pasión política”.

“la patria no es materia sino espíritu. La patria no es realidad mortal sino sentimiento a la vez humano y cósmico y en nuestro corazón la vemos más grande mientras más doliente, porque ella no se mide ni se palpa, sino que se la siente en la inteligencia y en la pasión con fiereza desafiadora, para encontrarla siempre altiva y noble”¹⁶.

Es esta una declaración de fe anti-imperialista, pero sin dejar de rendir “culto severo y solemne a la República”, es decir, dentro de los límites de los principios liberales; Gaitán idealiza el factor subjetivo en la actitud nacionalista: invoca a la patria, como “espíritu”, “sentimiento a la vez humano y cósmico”, o sea que no relaciona el patriotismo con las instituciones y la leyes del Estado; aparte del énfasis anti-imperialista, el joven socialista no está muy distante del reformador de la burguesía, pues en ambos es determinante la ideología liberal en la expresión de su nacionalismo.

La condición de nacionalista y anti-imperialista de Laureano Gómez puede seguirse en sus escritos desde 1910 hasta la década de los 1940. “El nacionalismo de Gómez —dice Henderson— había sido plasmado por los tristes acontecimientos que tuvieron lugar en Colombia a la vuelta del siglo”¹⁷. Disentía de Marco Fidel Suárez en su recomendación de mirar hacia la “estrella polar”; son repetidos los editoriales que escribe contra los Estados Unidos teniendo como motivos la agresión de Panamá y su imperialismo económico; en 1915 crítica el poder y los privilegios de la United Fruit; ataca, en 1928, los contratos petroleros y el tratado de límites con el Perú y señala a Olaya Herrera como un incondicional de los estadounidenses, captado totalmente por ellos durante su larga estadía en el país del norte¹⁸.

Su neutralidad en la Primera guerra Mundial Laureano Gómez la justificó como una estrategia contra la dominación norteamericana:

“Varias veces hemos sostenido en este diario —dice en 1915— que los grandes intereses de las naciones latinoamericanas deben inclinarse hacia la causa de Alemania, porque

¹⁶ En HENDERSON, pp. 95 y 98.

¹⁷ Ibid., pp. 238-39

¹⁸ Ibid., pp. 238 a 246.

el triunfo de esta potencia favorecería los ideales de autonomía, desarrollo y grandeza de los países suramericanos, amenazados por el imperialismo yanqui”¹⁹.

Años más tarde, con motivo de la Segunda Guerra Mundial vuelve a definirse como neutral. Precisaba, desde su posición nacional, lo que pensaba de las relaciones con el país del norte:

“Hemos dicho que somos amigos de los Estados Unidos y lo seremos. El capital, el esfuerzo y el talento norteamericanos son necesarios para nuestro progreso; son muy bien venidos y los recibimos con los brazos abiertos, pero a su turno ese capital debe venir a respetar la soberanía colombiana, a someterse a las leyes, a buscar la cordialidad y no la hostilidad ni el predominio injusto”²⁰.

Los liberales utilizaron su neutralidad ante la Segunda Guerra Mundial para tildarlo de simpatizante del nazismo. Laureano Gómez desmentía los cargos recurriendo a las diversas pruebas que tenía en contrario en sus actuaciones y sus escritos.

En 1943 en un editorial de *El Siglo* criticaba a *El Tiempo* que:

“con el pretexto de sostener la solidaridad interamericana, empezó a preconizar teorías que consideramos falsas, antinacionales y peligrosas, como aquella de que ‘la soberanía es un concepto metafísico’ y tuvimos que impugnarlas con toda decisión, a nombre de una independencia política conquistada por nuestros próceres en diez años de heroico batallar, y del credo nacionalista que es consustancial con la tradición y la doctrina conservadoras.

“Nosotros proclamamos la política de neutralidad, siguiendo el ejemplo del presidente Concha en los días de la gran guerra; un gobernante excelso por su saber y su prudencia, que no era cesarista, ni germanófilo ni reaccionario, y nunca mostró debilidad por los Imperios centrales”.

“En lo que no hemos rectificado, y es esto lo esencial, es en la necesidad de defender con celo vigilante los atributos de nuestra soberanía, que constituye el arco total de la patria. Sin aquella poco valen las ventajas del progreso material o los señuelos de una fermentada democracia. Algún fundamento tenían y siguen teniendo nuestras campañas cuando el señor Alfonso López, en su sonado discurso del Hotel Granada, copió casi literalmente ideas que ha sido en nosotros expresión de un hondo fervor patrio y de una convicción irrevocable”²¹.

Gómez proyecta en las palabras transcritas un concepto claro sobre el Estado nacional: éste existe como tal si disfruta de “independencia política”, de nada vale el progreso material, dice, ni puede existir democracia en un país, si se carece de

¹⁹ Ibid., p. 243.

²⁰ Ibid., p. 246.

²¹ Ibid., pp. 247-48

soberanía, si se está bajo el dominio de una potencia extranjera. En esa óptica se ubica su neutralidad: cree que se debe aprovechar el conflicto bélico para fortalecerse frente a la potencia que amenaza la independencia nacional. Es un mecanismo defensivo. Y sus razones ideológicas son las mismas que lo motivan en su lucha contra el partido liberal colombiano: en la dominación política de los Estados Unidos se prolonga la “corrupción” que entraña el liberalismo, con el agravante de con él viene la penetración de las doctrinas protestantes. Sólo una efectiva soberanía del Estado puede garantizar la preservación de las tradiciones nacionales y católicas del país.

Esta es, sin duda, una posición nacional de derecha pero no anti-democrática. En esos años Laureano Gómez distingue los principios liberales (la libertad individual, el sistema representativo, la independencia de los tres poderes del Estado), que considera funcionales dentro de un contexto estatal fundamentado en la doctrina católica, del manejo del Estado por liberales integrales, hijos de la Ilustración que, según él, inevitablemente le imprimen un carácter materialista y ateo a la sociedad. Su intento fracasado de reforma de la Constitución en 1953 tenía como objetivo principal reemplazar en ella ese núcleo ideológico liberal por la concepción religiosa del Estado, pero enfocada ahora desde la extrema derecha, lo cual le dio una tonalidad distinta a su nacionalismo católico del período aquí examinado.

Referencias

- 40
- Antología del pensamiento de Mariano Ospina Rodríguez*. Banco de la República, Bogotá, 1990.
- CALIBAN. *Danza de las horas*. Compañía editora club de lectores, Bogotá, 1969.
- DELANNOI, G Y TAGUIEFF, P.A. *Theories du nationalisme*. Editions kimé, Paris, 1991.
- GARCÍA, ANTONIO. *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*. MSC, Bogotá, 1955.
- GAVIS SALAZAR, FERNANDO. *José Eusebio Caro*. Imprenta Nacional, Bogotá, 1955.
- HENDERSON, JAMES. *Las ideas de Laureano Gómez*. Tercer Mundo, Bogotá, 1989.
- LÓPEZ PUMAREJO, ALFONSO. *Obras selectas*. Cámara de Representantes, Bogotá, 1979.

Héspes Eduardo Pérez Rivera

Profesor Titular

Departamento de Sociología

hgsperez@audnet.com